

ron trastornándolas: se podía creer que habían desaparecido; pero aunque los Tudors, en su absolutismo, procedieran despóticamente, y ora llevaran la nación de una religión á otra manteniéndola incierta entre ambas, ora decapitaran á los grandes señores, convertidos en cortesanos, humillaron el Parlamento, privado de su cabeza; pero cuando Enrique VIII, sin el consentimiento del Parlamento, quiso tasar en el sexto de sus bienes á sus súbditos, encontró rebeldes en lugar de soldados: aunque obstinado y temerario, tuvo que replegarse ante el público descontento; revocó sus comisionados, perdonó á todos los rebeldes y se excusó públicamente de haber violado la ley. Cuando Isabel, aun siendo tan imperiosa y popular como era, y después de estar reinando cuarenta y tres años con buen éxito, quiso multiplicar los monopolios, vió á la Cámara dirigirse contra ella, irritada y apoyada por la nación amenazante, y tuvo que retirar la ley, mostrándose agradecida á la nación, por su celo y al Parlamento, por sus advertencias. Ciento veinte años de paz habían enriquecido, ilustrado y multiplicado la clase media; se hizo vigorosa, y con el vigor adquirió la facultad de querer, y ya podrá preverse que daría ella á los Estuardos la batalla que los grandes barones del reino habían dado antes á los Plantagenets.

Las circunstancias que fundaron el gobierno libre no fueron, pues, generales, sino especiales; no se encuentran, por tanto, en todas las naciones, ni han sido reunidas más que por ésta. La conquista, estableciendo un cuerpo aristocrático y un

rey poderoso, instituyó una aristocracia democrática apta para resistirle, y preparó una nación aristocrática que es capaz para la libertad. La conquista, como uno de sus efectos inmediatos, formó la Liga de los barones que obtuvieron la Carta Magna. La conquista, como una de sus lejanas consecuencias, formó al pueblo de burgueses atrevidos y de campesinos hidalgos que pidieron la cabeza de Strafford y desnudaron la espada contra el rey Carlos. La conquista, en fin, á ochocientos años de distancia, mantuvo las instituciones y los hábitos, gracias á los cuales allí perdura la libertad.

No necesito en prueba más testigo que el mismo M. de Montalembert. Las costumbres que él expone y admira, con espíritu de gran señor, de hombre de corazón y de partido, son heredadas. Son singulares en los tiempos presentes, porque lo eran en el pasado; son el efecto y la esencia del espíritu aristocrático conservado en la alta clase implantada en la nación. Tales costumbres, son la libertad de testar, el uso de las instituciones y el derecho de mayorazgo aplicado á los bienes agrarios; fundamento del orgullo de la raza, de las tradiciones de familia, de la influencia local y que dan la fuerza, la independencia y la bravura á la autoridad; son aquellas magistraturas libres y gratuitas que ponen en manos de los hidalgos locales el mando de la milicia, la administración, la justicia, las funciones municipales, y toda esa multitud de funciones que el gobierno central ejerce en Francia, mediante sus prefectos, su policía, sus ingenieros y sus magistrados; es aquella popularidad de

la alta aristocracia, que da cabida entre ella á las personas de reciente elevación pertenecientes á la pequeña nobleza, que, á su vez, abre sus filas á los nuevos propietarios locales, y de la nobleza entera, en fin, que deja figurar á sus segundones entre los simples ciudadanos, administra el país é impulsa las reformas. Si el burgués, en lugar de detestar la nobleza, procura figurar entre ella; si la ley, en vez de impedir la renovación de la aristocracia, la favorece; si la nobleza, en lugar de rechazar la clase media, se recluta entre esta clase; si el gobierno municipal, en vez de pertenecer al poder central, corresponde á la aristocracia local; si la aristocracia es popular y poderosa, es porque siempre lo fué; si la nación considera á los nobles como sus jefes y su representante, es porque siempre los ha considerado así. La Inglaterra de hoy es continuación de la Inglaterra de otros tiempos. Ha sido precisa la coincidencia única de una conquista sistemática y de una Monarquía amenazadora, para dar á la aristocracia la unidad con la fuerza, y obligarla á proporcionarse el apoyo de la opinión y del reconocimiento de su personalidad.

Pero esto no es suficiente para mantener el gobierno libre en circunstancias particulares; aún se necesita de singulares disposiciones morales; y éstas, como dice M. de Montalembert, se hallan en Inglaterra; donde, si bien es verdad que los acontecimientos han ayudado á la formación del carácter nacional, el carácter nacional ha sabido sacar provecho de los acontecimientos.

La facultad que conquista y mantiene los derechos

políticos, es la voluntad enérgica y persistente. Desde los primeros tiempos se ve allí aparecer esta fuerza. Para brotar necesita un alma apasionada; porque se comprende que lo que se desea y una resolución durable, no es sino una pasión fijada. Exige un alma replegada sobre sí misma: porque para sobreponerse á las dificultades y resistir al cansancio, es necesario hallarse absorbido por las ideas, y sentir en sí, como un fuerte resorte, un móvil moral. Exige un alma solitaria y capaz de descubrir sus convicciones; porque no se quiere obstinadamente sino aquello respecto á lo cual se ha persuadido uno á sí mismo, y sólo con resoluciones sólidas, aquellas que ha sacado de su propio fondo. A través de la literatura inglesa, se descubre en todos los tiempos la existencia de este hombre apasionado, concentrado é interior. Se percibe esta pasión en la fogosidad lírica, en la sombría exaltación de las poesías primitivas, en el estilo inflamado y el delirio trágico del Renacimiento, en el fanatismo visionario de la Reforma, en la extraña y amarga sensibilidad de las novelas del último siglo, en la fiebre de dolorosa simpatía y de incurable desesperación que ha imperado y desolado la literatura del actual siglo XIX. Observáis la facultad de mirar uno á sí mismo en la pintura de emociones morales que llena la poesía sajona; en la profunda composición de los caracteres dramáticos y en la ciencia del corazón que se halla entre los escritores del Renacimiento; en el desenvolvimiento del hombre espiritual, y en el ascendiente de la revelación interior que establecieron el protestantismo; en las nove-

las psicológicas, en el análisis lírico de los sentimientos íntimos, y, por encima de todo, en la impotencia de las artes del diseño, y en la eterna listeza que, desde Caedmon hasta Byron, ha tendido un velo negro sobre toda su literatura. Percibiréis esta originalidad solitaria en los monólogos continuos y en la concentración de su poesía bárbara, en la superabundancia de la invención y de la inspiración personal en el tiempo del Renacimiento; en el advenimiento de la religión, que consagra la fe independiente y la llama hacia sí misma; en la pintura reciente ó contemporánea de las singularidades individuales; en el alto relieve de los caracteres excéntricos, y en la descripción repetida de la dignidad fría, de la reserva altiva y del orgullo silencioso. Esta fuerza de deseo, este apego á las cosas invisibles y esta personalidad concentrada, eran los materiales de una voluntad potente y tenaz. El hombre así constituido, podía entregarse á un interés moral, y perseguirle con perseverancia. Se dejará dominar de aquel que le ofrecieran las circunstancias, y perseverará en su esfuerzo para realizarlo. La protección recibida de una aristocracia popular le mostrará los derechos políticos que deben instituirse y defenderse, y los instituye y los defiende. La educación ha cooperado con la Naturaleza: la persistencia de la lucha ha fomentado su vigor, y el hábito de la acción le ha dado el arte de proceder. Bajo el esfuerzo de estas inclinaciones innatas, y de los hábitos adquiridos, se ha formado el carácter más enérgico, más dado á pensar por cuenta propia. El mejor armado para la resistencia, provisto de todas

las facultades prácticas, y penetrado del más absoluto y más indomable orgullo. Estas facultades prácticas, manifestadas mediante la impotencia metafísica, el amor de los hechos, de las cifras y de lo útil, mediante el gran desenvolvimiento del comercio y de la industria, le hacen apto para gobernar y ser gobernado. Le inspira la aversión á la política especulativa, la afición á la experiencia, el sentido de lo posible, el respeto á la antigüedad, el culto á la ley y repugna todos los hábitos que puedan contener y dirigir el origen de la voluntad imponente. Aquel orgullo, manifestado por la altivez solitaria, por el imperio de sí mismo, por la moral rígida, por la rebeldía contra toda ley que uno mismo no ha consentido, y contra toda la autoridad que no ha creado, le inspira la persuasión de que los negocios públicos son negocios privados suyos, la resolución de tomar en ellos parte, el apego á su derecho, la voluntad de conservarle contra todos los inconvenientes mediante toda clase de sacrificios y alienta todos los hábitos que puedan proteger y mantener la libertad atacada. Así es como ésta dura, preservada de extravíos, defendida contra los riesgos, llevando el orgullo por resorte y teniendo por guía el sentido práctico. No es el efecto de un accidente que la casualidad pueda llevar á los demás pueblos, ni de una institución que la imitación pueda importar entre ellos, ni de una virtud que un esfuerzo de voluntad pueda crear en las demás naciones, sino de antiguas y poderosas circunstancias que durante ochocientos años han obrado sobre toda la raza, y de una forma de cerebro original, del cual

la herencia, y quizá la alimentación (1), han aumentado la fuerza. La historia y la filosofía son sus creadoras, y para destruirla sería necesario borrar el pasado y refundir el tipo; y la voluntad que fermenta en este momento en una de tales cabezas, es el contragolpe de un movimiento especial, impreso por la raza primitiva, y transmitida por veinticinco generaciones de voluntades.

## IV

Ni semejante naturaleza, ni tales circunstancias se hallan en Francia, en la cual se han encontrado también otras especiales, pero opuestas á aquéllas.

Durante setecientos años consecutivos se ve en Francia ir cayendo todos los Poderes que podían sustituir la resistencia política y, al mismo tiempo, se ve ir aumentándose el Poder central. Mientras que los grandes barones de Inglaterra, soldados de un mismo ejército, reunidos por la hostilidad de los vencidos, luchaban y permanecían formando un cuerpo, los de Francia, establecidos al azar por los accidentes de la anarquía carlovingia, rivales ó enemigos los unos de los otros, sucumbían unos tras otros y no se unían sino para separarse al punto. La lenta formación del reino fué la sumisión de veinte Estados aislados, conseguido por un Estado pequeño. El gran barón de la isla de Francia, buen político, adornado con un hermoso título, apoyado en el recuerdo de Carlomagno,

(1) La carne y la cerveza inglesa.

conquistó por las armas ó adquirió, mediante matrimonios, las otras partes de la Galia é hizo la Francia. Siendo menor y sintiéndose débil, aliáronse los señores contra él; pero no pensando cada uno sino en el bien de sí mismo, al primer accidente se dispersaron. Rebelados contra Luis IX, se encontraron contenidos por una salida de los parisienses, separáronse y cayeron sobre uno de ellos que consideraron infiel. Sostenedos por el poderoso duque de Borgoña, formaron la «Liga del bien público»; luego, dos ó tres más; con el dinero y las concesiones, Luis XI los desunió y después los abatió. Sublevados bajo Ana de Beaujeu, una negociación y un combate les hace abandonar las armas. Impulsados por la anarquía del siglo XVI fueron comprados uno á uno por Enrique IV: al duque de Guisa, mediante cuatrocientos mil escudos; Mayenne, por un Gobierno; otros, por abadías; éste, por una pensión, y aquél, por un título. Cuatro veces tomaron las armas bajo María de Médicis; más tarde, conspiraron contra Richelieu y formaron «La Fronda»; con escudos, picando la vanidad y con los donativos de títulos, se ha dado siempre buena cuenta de sus juramentos y de sus amenazas. Bravos, espirituales, pródigos, hombres de torneos, de vanguardia y de salón, ¿qué importa lo demás? Yo no veo aquí sino pequeños reyes, vencidos uno tras de otro, y luego cortesanos que, en ocasiones, oprimen á su señor. Lo propio de una aristocracia es obrar juntamente y tener por fin la independenciam y el imperio; y aquellos nobles procedían aislados, desunidos y no tenían otro fin que la gloria, la vanagloria y el dinero.

Los barones de Inglaterra duplicaban durante su poder, mientras que los de Francia duplicaban su popularidad por su impotencia. Además de esto, ellos fueron aliados constantes de los enemigos de la nación: del emperador Otton, en Bouvines; de Enrique III de Inglaterra, durante la menor edad de Luis IX. Los duques de Borgoña, jefes de la nobleza, fueron, de padre á hijo, los amigos de los ingleses y estuvieron á punto de perder el reino. Carlos el Temerario, renegando de su nombre de francés, se decía portugués, fraguando por desmembrar la Francia. A fines del siglo XVI los nobles franceses fueron los asalariados de Felipe II y sólo les faltó someterle su país. Durante los dos reinados siguientes tuvieron sin cesar las manos metidas en el Tesoro español. No se tramaba un complot entre ellos que no tuviera su centro ó su sucursal en Madrid. Condé acabó por ser general del rey de España, como más tarde los nobles emigrados de Francia vinieron á ser oficiales de los soberanos extranjeros. En el interior no tuvieron poder sino para reunir al pueblo y saquear el Erario. Eran los enemigos de la civilización, del buen orden y de la paz pública. Todos los golpes que recibían eran beneficiosos para el país, limitarles su jurisdicción, era prevenir las guerras privadas, reprimir el robo á mano armada, imponer el cumplimiento de la justicia y disminuir la opresión y la miseria. Por las derrotas de ellos, fué como los reyes se hicieron populares. Cuando Luis el Gordo tomaba un castillo, se consideraba como la destrucción de una guarida, y este Monarca se pasaba la vida en «castigar la

audacia de los grandes, que enflaquecían el Estado con guerras sin fin, desolaban á los pueblos y destruían las iglesias, y en castigar la maldad de los malvados, sediciosos y enemigos de los viajeros y de los débiles» (1). Si ellos se rebelaron contra Carlos VII fué por hacerlo contra una reforma útil, tal como la de establecer un ejército que viviera en paz; y si formaron, bajo Luis XI, la «Liga del bien público», no se comprometían bajo ella, sino «á saquear el reino» (2); y no dijeron una palabra respecto al bien público. Si rehusaron reconocer á Enrique IV, fué por hacerse inscribir en el libro de los pensionados, y si formaron complot bajo Luis XIII, fué «para hacerse valuar bien» (3). Si se muestran obedientes bajo Luis XIV, fué para obtener confiscaciones y asignaciones futuras.

Eran en lo antiguo los enemigos del orden público y fueron luego también los enemigos de la caja del Estado. En tiempo del feudalismo, explotaban el paso por los grandes caminos, sacando tributo á los viandantes á viva fuerza, y en los modernos tiempos explotaron el Tesoro, mediante añagazas conservaron hasta el fin el natural que ellos habían recibido de su origen.

Su situación primitiva había formado su carácter definitivamente. Pequeños déspotas, ellos, esparcidos, no pensaron sino en conservar los injustos honores y los provechos injustos del despotismo; dé-

(1) Suger.

(2) Commines.

(3) Sully.

biles y perjudiciales, desde el principio, permanecieron hasta el fin tan perjudiciales como débiles; dispersos é impopulares, egoístas para con sus iguales y egoístas para con sus superiores, no lograron hallar fuerza entre ellos mismos ni apoyo en la nación. ¿Esta nación se encontrará á sí misma en ella misma? El tercer Estado ni tenía la voluntad ni la fuerza necesaria para sustituir contra el rey libertades públicas. Mientras que en Inglaterra tenía dicho Estado á la nobleza como protectora contra el rey, en Francia tenía el rey como protector contra la nobleza. Allá, dicho Estado favorecía la expansión de la nobleza; aquí, se regodeaba con la expansión de la realeza. Allí, era fortificada por el orgullo de tanto *franklins* sajón que la conquista había hecho descender á sus filas y de tanto caballero normando como el desarrollo del Parlamento había sentado en sus bancos; aquí, reducido á sí mismo el tercer Estado, privado, por la sucesiva exclusión de los concejos, del espíritu independiente que hubiera podido sacar de ellos, compuestos de burgueses tímidos, que habían recibido del rey el beneficio de la paz y los privilegios municipales, dividido por la antigua hostilidad de las provincias, se doblega en las Asambleas, rechazado por el clero y la nobleza, que votaban aparte y no pensaban sino en allegar sus impuestos y cumplir con el príncipe. Este, además, atendiendo á su provecho, dirigía las elecciones. Comunmente, las convocatorias eran las ceremonias que el rey empleaba contra un gran vasallo ó contra un extranjero, á modo de manifiesto y para darse la apariencia de contar con el asentimien-

to público. Cuando los entorpecimientos del gobierno ó los excesos de la miseria les ponía el Poder en las manos, los nobles entraban en discordia y el público no los sostenía. Si ellos nombraron para gobernar, en 1353, un Consejo de treinta y seis miembros, «los nobles y los prelados que comenzaron á befasarse de su empresa y ordenanza» (1), rehusaron pagar el impuesto que ellos mismos habían votado. En 1484, el dinero nos desunió—dice el historiador de la Asamblea;—nos hizo casi enemigos á unos de otros, luchando cada uno en favor de su provincia y procurando que fuera gravada con la menor parte posible del impuesto.» En 1614, las tres Ordenes se hallaban en desacuerdo, y la nobleza, indignada de que el tercer Estado hubiese tenido la osadía de llamarse su hermano menor, fué á quejarse al rey y á pedirle que declarara ser la diferencia entre hidalgo y burgués, semejante á la que había entre criado y amo. ¡Extrañas Asambleas soberanas, aquellas cuyo carácter es el de obedecer y disputar y no ser obedecidas! El pueblo se cuidaba poco de que se le respetase, y cuando los reyes, realizando una enorme usurpación, hicieron perpetuos los pechos, votados por un año, el pueblo no reclamó apenas. El tercer Estado, como la nobleza, conservó también el sello de su origen. Dispersada la nobleza francesa, sin apoyo, tiránica, no podía gobernar, y quería gozar. Dividido el tercer Estado, sin ayuda, pacífico, no podía gobernar

(1) Froissard.

y quería vivir tranquilo (1). La una, obtuvo los honores y las gracias, el otro la paz y el orden, y los dos dejaron al rey apoderarse del Gobierno.

El carácter nacional empujó siempre la corriente de los hechos en el mismo sentido que las situaciones primitivas, y las circunstancias exteriores tuvieron por ayuda las inclinaciones innatas. Desde el principio, aquel genio independiente, apasionado y concentrado que aseguró entre nuestros vecinos los ingleses la libertad política, ha faltado en Francia. La lengua y la literatura apenas nacían cuando ya anunciaron aquí, en el siglo XI, la formación de una raza ligera y sociable. Este carácter no toma las cosas á pecho, con un deseo ardiente y persistente y con una intensa reflexión; las desflora y corre al punto en pos de otras.

Se observa desde un principio en él la falta de atención apasionada y profunda en la claridad de las largas epopeyas prosaicas, en la abundancia de poemas didácticos y de las frías alegorías; en la popularidad de los decires maliciosos, en la moderación eterna del estilo y en la súbita perfección de la prosa. Se obser-

(1) Fortescue, legista del siglo XV y poco político, escribía: «La dejadez, la falta de entusiasmo y de valor, impiden sublevarse á los franceses; y hay más hombres ahorcados en un año en Inglaterra, por matar y robar á mano armada, que en Francia durante siete años por la misma causa. Algunos han dicho que sería ventajoso para el rey de los ingleses que los Concejos de aquella nación fuesen pobres como lo son en Francia, porque así no se rebelarían, según hacen con frecuencia; cosa que los Concejos de Francia no hacen ni pueden hacer, porque no tienen ni arma ofensiva, ni armadura, ni con qué comprarlas.»

va en los dos grandes siglos en el desenvolvimiento de la razón oratoria y del arte de escribir; en la nulidad de la oda; en la tranquilidad de la tragedia; en la excelencia clásica de la disposición, de la disertación y del recitado, y en la vivacidad picante del estilo burlón. Se observa en todas las edades, en la afición á lo templado y agradable, en la aversión á lo violento y lo serio y en el predominio de la razón y de la alegría. Este carácter no es propio para la invención solitaria de las opiniones personales y de las acciones independientes; está bastante bien provisto de aquellas facultades que emplea la sociabilidad, y bastante bien apropiado al compañerismo y al continuo trato de gentes; es harto sociable para no pensar ni proceder sino con relación á otros. Percibiréis estas facultades en la habilidad involuntaria de los primeros cuentistas, como en el arte calculado de los últimos maestros; en las *soties*, como en la comedia; en las *moralites*, como en las tragedias; en los versos de Rutebeuf, como en la prosa de Voltaire; en la epopeya de Turolde, como en el análisis de Condillac. Explicar, narrar, probar, conversar: todas estas acciones son propias para reunir un auditorio, y por esto tienen tan buena acogida en la nación francesa. En ella descubriréis en todas las edades el don de ser claros y agradables, y el arte de hacerse entender y hacerse escuchar. Semejante ligereza impide el querer fuertemente, y semejante sociabilidad impide el querer por sí mismo. La una, debilita la energía de la voluntad; la otra, le quita la iniciativa. El hombre así dotado no sabe ni comer-

zar la resistencia ni perseverar en ella; cambia fácilmente de convicciones, y fácilmente las recibe de los demás; está dispuesto, si no á servir, al menos á obedecer; acepta voluntariamente, si no la tiranía, al menos la disciplina. No obstante la disposición del francés á burlarse de todo, ha permanecido católico, y no obstante tenerle horror al fastidio, ha venerado siempre la regularidad literaria. Un pueblo compuesto de tal modo, parece un rebaño de caballos fogosos pero dóciles (1), que no quisieran más que ir reunidos y seguir los pasos de un guía.

Sostenida así por los acontecimientos generales y por las públicas inclinaciones, se fundó y fomentó el Poder central. Todos los progresos de la nación le han desarrollado. En el siglo XIV, la sumisión de los tiranuelos feudales, la formación del reino y el nacimiento de la paz interior, hicieron omnipotentes á los Valois. En el siglo XV, la expulsión de los ingleses y la ruina de los grandes feudalismos, dieron al rey por resultado la perpetuidad de los pechos, un ejército permanente y la soberanía sin restricciones. En el siglo XVI, la expulsión de los españoles y la pacificación del país, y el desenvolvimiento inmediato de la prosperidad pública, impulsaron la monarquía absoluta. La civilización general y la autoridad central, lo mismo que los dos caballos de un coche, han marchado siempre juntas y en la misma dirección.

(1) Los animales sociables (caballos, perros y carneros) siguen todos á un conductor de entre ellos. De esto proviene que puedan ser sometidos y domésticos. (Flourens *De l'instinct et de l'intelligence.*)

Este singular movimiento no ha cesado nunca en Francia. Las revoluciones liberales han aumentado la soberanía del centro y la docilidad de la periferia. Bajo Luis XIV, los Estados de las provincias, las costumbres y los privilegios de las ciudades, de las corporaciones, de los Capítulos, los Parlamentos y los restos de la antigua dependencia provincial (1), contienen, modifican y dificultan la acción del rey. Dijon fué un centro. Se ve en las cartas del presidente Brosset, que, hace cien años apenas, un lugar importante de provincias sera una capital; que sus dignidades bastaban á las ambiciones de sus habitantes, que hallaban natural comenzar allí su carrera, encerrar su vida, pensar allí por cuenta propia y no recibir de París las opiniones formadas.

La Revolución y el Imperio han suprimido estas libertades y estas trabas para el poder central. En lugar de ciudades y provincias se han formado Concejos (colecciones de habitantes), y Departamentos (colecciones de Concejos), y, de ahora en adelante, para abrir un muro, una puerta ó cortar un árbol, es necesario obtener permiso de las alturas oficiales. El gobierno marcha por encima de todas las voluntades, como por un camino llano, conducido por un tiro innumerable y regular de funcionarios. París ha venido á ser el obrador único, encargado de la fabricación de todos los pensamientos y de todas las órdenes. Hizose allí una revolución que aceptó todo el mundo: una dinastía fué arrojada por ella, pero ella también

(1) M. Alexandre Thomas, *Una provincia bajo Luis XIV.*

se apoderó de la nación entera. Quien tiene la cabeza tiene el cuerpo. La idea de obedecer surge en todo el mundo y la de resistir en nadie. Cuando en 1848 un accidente imprevisto arroja diez hombres al Hotel de Ville, cada uno se afilia bajo sus órdenes; cualesquiera que fuesen los jefes, poco importaba: la cuestión era tener jefes; sin ellos parecía que todo iba á disolverse. La máquina es tan vasta, complicada y profundamente introducida en todas las partes de la vida y de la fortuna de los ciudadanos franceses, que éstos creen estar completamente perdidos cuando cesan de ver al maquinista, de pie y cerca de las primeras ruedas. Están tan habituados á ver venir el movimiento de lo alto, que no se atreven á tocar por sí mismos á las piezas más próximas á ellos. Enviados prefectos, magistrados, profesores, comisarios, ingenieros, preceptores, verificadores, y, sobre todo, gendarmes: los pedimos como los judíos pedían el maná. Nuestro temor más grande es el de pensar que pueda faltarnos el gobierno, y nuestro primer cuidado es el de que se nos gobierne. Pero los acontecimientos históricos y las cualidades morales que parecen haber destruido en los franceses el espíritu de independencia, lo han restablecido bajo otra forma: se lo han quitado al individuo y se lo han dado á la masa; han anonadado al ciudadano ante el Poder central y han sometido este poder al pueblo.

Lo que ha desenvuelto este poder ha favorecido al público, porque su propio aumento le ha preparado un amo: la clase media, fomentada en sus manos, incensantemente acrecida por el pueblo, enriquecida,

ilustrada, y cada vez más resuelta. Los hombres inteligentes, que no enerva la incuria, podrán dejarse gobernar, pero no se dejarán oprimir; podrán carecer de independencia, pero no carecerán de egoísmo; soportarán que se les tase sin su consentimiento, pero no soportarán que se les arruine por las tasas; acaso sean incapaces para rebelarse cada uno en su respectivo Concejo, pero son muy capaces de estar descontentos en conjunto, y no hay fuerza posible que no abata un descontento semejante.

Por otra parte, el carácter nacional, que proporciona armas al Poder central, se las proporciona contra sí mismo. Si no tiene la fuerza de concentración apasionada y el poder de reflexión solitaria que funda la independencia durable y la voluntad personal, tiene el poder de análisis, y el análisis es atrevido, filosófico y destructor; consiste en descomponer las ideas en sí mismas, sin tener en cuenta la experiencia; impone el gusto de lo que es razonable y no de lo que es práctico, y sacrifica con gusto los hechos á las deducciones. Armado de la burla, el análisis disuelve fácilmente cuanto toca, y toca en primer lugar á los gobiernos que sufre. Los ataques que en la Edad Media dirigió el análisis contra el clero, son innumerables, y Juan de Meng explicaba ya cómo en su origen el pueblo había hecho un rey eligiendo al «más feo, más huesudo y más cornudo» que se halló en el bando.

Después de la edad de la infancia y de las malicias ingenuas, vino la edad de la virilidad y de las teorías racionales, donde se considera al hombre, en abstrac-

to; al gobierno, en sí mismo, y á la sociedad, en general; donde se establecieron sistemas filosóficos, muy bien deducidos y perfectamente ordenados, sobre los derechos del hombre y sobre el contrato social; donde se quería aplicar cualquiera teoría filosófica, no solamente á Francia, sino á todos los pueblos. Nada más curioso que los discursos pronunciados en los clubs y en las asambleas de fines del siglo; discursos de políticos especulativos que tenían la dialéctica de Rousseau por experiencia, que creían que un gobierno se podía establecer como un razonamiento, y pensaban, como Sieyes, que con una linda combinación de constituciones ingeniosas se podía fundar una institución eterna. Otros, más prudentes, más instruídos, tan cercanos á poseer la verdad cuanto fuera posible, veían en Inglaterra un gobierno templado que duraría; le importarían á Francia y le creían definitivo, olvidándose de que las instituciones legales no son una constitución social, que la libertad duradera está fundada por un carácter determinado y determinadas costumbres y no por una ley ni por un voto; es decir, que el alma de un francés no es el alma de un inglés. Otros, los más audaces de todos, examinaron pronto la constitución de la propiedad, la asociación en general y el valor abstracto, y declararon que habían descubierto la verdadera naturaleza de la justicia y del bien, y pidieron que al instante se refundiera la sociedad de arriba abajo, para poner en práctica los teoremas que habían hallado. Siempre, bajo el reinado «de los hechos consumados», una teoría cualquiera se apodera de la imaginación públi-

ca. Privados los franceses del hábito de obrar, y provistos del hábito de razonar, se pagan de políticas especulativas y quieren regular las cosas según puras concepciones. Animados del análisis y acostumbrados á sacar de los principios todas sus consecuencias, fácilmente descubren aquello en que los hechos frecuentes chocan con la razon filosófica, y son harto inclinados á posponerles á ella. Miran raramente al pasado, á lo posible, á lo practicable; consideran con asiduidad lo bello, el bien y lo justo, en sí mismos; quieren mejor lo que es consecuente que lo que es aplicable; perciben de mejor voluntad lo que puede ser que lo que debe ser; no piensan en hacer un gobierno propio para la Francia, que es el conjunto de todos ellos, sino para el hombre en abstracto que hay en cada uno de ellos. Como, por añadidura, son fáciles para el desprecio, prontos para la burla y ligeros de mano; las acciones siguen á los pensamientos, y en un instante se les ve pasar á los bordes de una revolución.

Rápidamente pueden hallarse los franceses en medio de una revolución, porque el Poder central, quitándoles todo aquello con que le pudieran crear obstáculos, ha quitado todo aquello que le pudiera dar apoyo. La nivelación de las clases y de las provincias, preparando la obediencia simultánea y fácil, ha preparado también la fácil y simultánea defección. Sometiéndose á un gobierno sin dificultad, sin dificultad también se somete á su sucesor. Siendo dóciles los funcionarios, lo son para todo el mundo. Siendo nacional el ejército y reclutado entre el pueblo in-

cesantemente, sigue en cualquiera dirección la marcha de la opinión pública. Al cabo de algún tiempo, la suerte ha cambiado; el asentimiento universal, que parecía hacer invisible al gobierno le ha sido retirado, y se queda sólo con sus empleados y sus soldados. Insensiblemente, empleados y soldados se entibian, y en adelante basta un combate en la calle para abatirlos. Se les ve, á los franceses, establecer una fuerza ó una teoría que creen eterna, viven á su abrigo un poco abandonados, muy tranquilos y muy dóciles, propensos á los excesos de impaciencia y á las explosiones de entusiasmo.

Así es cómo la fuerza de los ciudadanos primitivos y el ascendiente de las inclinaciones innatas han fomentado hasta el exceso, en Francia, el poder del gobierno central, y su fragilidad, al mismo tiempo, el espíritu de revolución y el de obediencia. No hay casi ningún partido que no maldiga del uno ó del otro, creyendo á primera vista que para extirpar la planta detestada bastará remover un pie de tierra, cuando es lo cierto que ella se extiende, por sus raíces entrecruzadas é infinitas, hasta el fondo del suelo y las extremidades del campo donde crece, ligada á los más antiguos, los más altos y los más extensos acontecimientos de la historia de la nación, á sus más íntimos y poderosos pensamientos, y á todas sus potencias. Si los franceses obedecen gustosos, es porque la división y la popularidad de la aristocracia, el aislamiento, la timidez y la humilde condición de la burguesía, los beneficios del Poder central, la falta de voluntad solitaria y personal, han ido borrando du-

rante setecientos años las libertades públicas, desvaneciendo los hábitos de resistencia individual y local y fortificando el gobierno general y central. Si los franceses hacen revoluciones fácilmente, es porque el progreso continuo de la clase media, la nivelación universal, la abolición de todas las fuerzas subordinadas, el poder disolvente del análisis, la confianza en las teorías políticas y el gusto de la lógica pura, han dado autoridad á la filosofía política y han dejado al gobierno sin defensa contra los accidentes de la calle, que vienen á ayudar á la soberanía de la opinión. En Francia, como en Inglaterra, la historia y la naturaleza han trabajado con todo su poder para establecer la constitución de dos países: en Francia, la soberanía del Poder central templado por el ascendiente de la opinión, y la amenaza de la revolución inmediata; en Inglaterra, el gobierno de una aristocracia surgida sin cesar del seno de la nación, y apoyada por ella. En uno como en otro pueblo se hallará en su respectiva literatura, en su moral, en su filosofía, en sus artes, en su conversación, en sus gustos, en los menores detalles y en los menores hábitos de su vida, en la costumbre, en los gestos, en los planes que trace, formas de sociedad y gobiernos diferentes; pensaréis entonces que la grandeza y el número de los efectos dan la medida del poder de las causas; que para remover los obstáculos que impidieron entre los franceses el advenimiento de una aristocracia como la de Inglaterra, era necesario haber destruído la prodigiosa legión de diferencias que median entre las dos naciones, y, por consiguiente,

haber reformado la Francia hasta en los más minuciosos detalles de sus inclinaciones y de su vida; concluiréis contra M. de Montalembert, como contra M. Troplong, que si los franceses podemos observar á los demás pueblos como un objeto de estudio y de ciencia, si debemos admirarle como modelo de prosperidad y de poder, no podemos importar entre nosotros su historia ó su carácter, ni buscar nuestro gobierno fuera de nuestra naturaleza y de nuestro pasado.

Colocado en este terreno, se tiene más probabilidad de acertar. Cada nación aparece como una gran experiencia instituida por la Naturaleza. Cada país es una retorta donde, substancias distintas y en proporciones diferentes, han sido puestas en condiciones particulares. Estas substancias son los temperamentos y los caracteres, y estas condiciones, los climas y la situación original de las clases. La mezcla fermenta con arreglo á leyes fijas, insensiblemente, durante siglos, y reuniendo aquí y allá composiciones que hacen explosión. Gusta percibir el sordo trabajo que hace hervir lentamente y de un modo incesante estas gigantescas masas. Se penetra uno de las incalculables fuerzas que quebrantan, desparpajan ó sueldan juntamente la multitud de partículas vivientes sometidas á su esfuerzo. Se siente allí el progreso regular que, por una serie determinada de transformaciones previstas, les conduce al estado definitivo y marcado. Se goza por simpatía de la omnipotencia de la Naturaleza, y aún se podría ver á la química eterna, por una pequeña alteración de proporciones,

de condiciones y de substancias, imponer revoluciones, fabricar destinos, sustituir la grandeza ó la decadencia y fijar, en adelante, á cada pueblo, las obras que debe hacer y las carencias que tiene que soportar. Es un espectáculo grandioso este del laboratorio infinito extendido en el tiempo y en el espacio, donde tantos recipientes diversos hay, rellenos, los unos de estéril ceniza, y los otros en actividad y enrojecidos por fecunda llama, manifestando toda la diversidad de la vida ondulante y la uniformidad de las leyes inmortales. Confinados en un rincón del espacio y de la eternidad, efimeros, amenguados acaso mañana por el contragolpe de una explosión, ó por el accidente de una mezcla, aún podemos, sin embargo, descubrir muchas de esas leyes y concebir el conjunto de esta vida. Esta vale la pena de ser vivida; la fortuna y la Naturaleza nos han tratado bien.